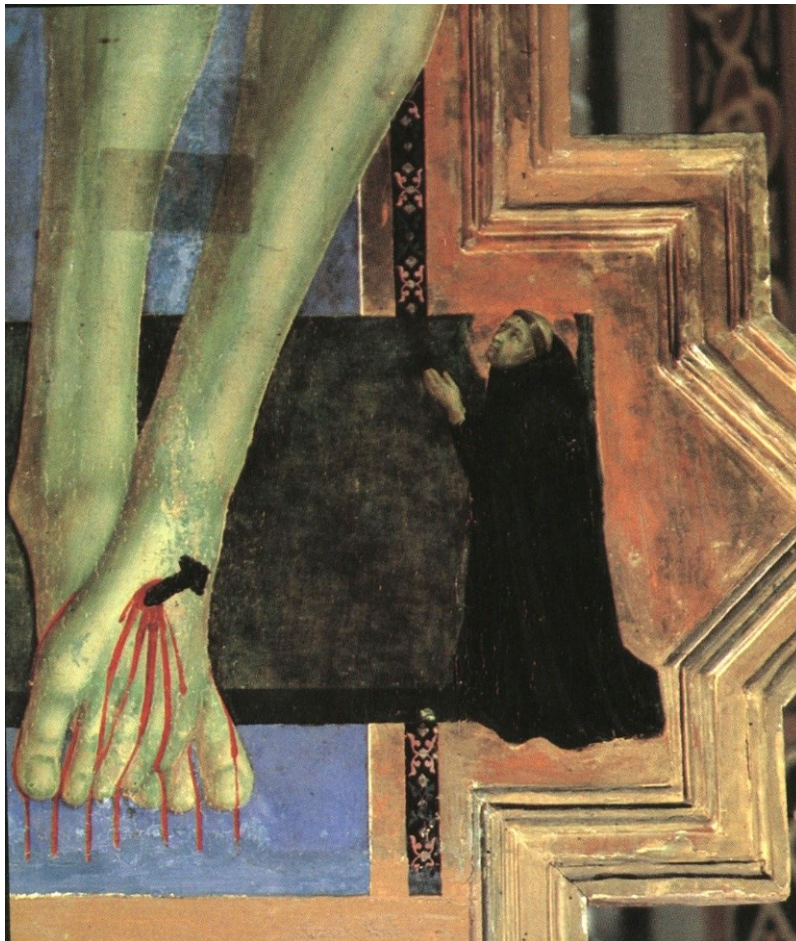


# **FUENTES HISTÓRICOS-ESPIRITUALES DE LOS SIERVOS DE MARIA**

## **II**

**Del 1349 al 1495**



**Provincia Mexicana OSM**

Revisada en 2018

## 5

# LEYENDA DEL BEATO FRANCISCO DE SIENA

## Introducción

La *Leyenda del beato Francisco de Siena (1266-1328)* cuenta los eventos de la vida de un fraile de Siena, que entró en el convento de Siena en 1288, 16 años más tarde del beato Joaquín, y ordenado sacerdote en 1291.

La visión que abre el relato, sintetiza el comportamiento espiritual y de profundidad que inspiró la experiencia religiosa del beato Francisco: el lirio, soñado por su madre en el momento de darlo a luz (n. 2), es el símbolo de una vida virginal entendida como dedicación exclusiva al Señor y a aquella que es la reina de las Vírgenes, o la Virgen gloriosa, o simplemente la Virgen. Esta luz tan pura se presenta en todas las actividades del beato: primero que nada, en el gran amor a la Palabra, escuchada y anunciada con fidelidad hasta el último respiro; en la profundidad de la mirada que penetra los corazones de los hombres y de las mujeres que en él encuentran a un padre y a un amigo; en la acogida misericordiosa de los pecadores; en la tierna piedad hacia la Madre de Dios; en la caridad hacia los pobres y los más desafortunados.

La *leyenda* del beato Francisco de Siena ha sido escrita por un amigo y confidente del beato, fray Cristóbal de Parma, del convento de Siena antes de 1328, en 1330-1331 prior provincial de la Provincia Toscana y vicario del prior general fray Pedro de Todi hasta el 31 de diciembre de 1341. Dos pasos de la *leyenda* misma, confirman la identidad del autor. En el primero se cuenta que el beato, el día anterior a su muerte, confió a su confesor el encargo de transmitir los últimos prodigiosos hechos de su vida a fray Cristóforo de Parma, “queridísimo padre e hijo mío, al cual otras veces le he manifestado algunos secretos” (n. 29); y “a mí - dice el autor de la *leyenda*, identificándose con fray Cristóbal - refirió (el confesor) cuanto he especificado” (*Ibid*) La segunda parte pertenece a un largo testimonio con el cual fray Benito de “Gerj”, probablemente el copista y redactor final de la *leyenda*, entrando en el convento de Siena en 1342 (n. 58.), concluyó el primer elenco de los milagros (nn. 36-55) sucedidos después de la muerte del beato. “Hasta aquí - él dijo - ha escrito la *leyenda* y ha recogido la vida del beato, nuestro Padre Francisco y ha recopilado los grandes milagros el reverendo fray Cristóbal de Parma, digno vicario del señor general de nuestra excelente Orden” (n. 56). A esta *leyenda* fray Benito añadió el milagro que él mismo tuvo a la edad de cuatro años ante la tumba del beato Francisco, en agosto de 1329 (n. 57).

Soulier, basándose en la peste de 1348 (n. 25), que sucumbió los países de Europa, cuando menos hasta 1350, coloca la redacción de la *leyenda* en una época posterior, entre 1355 y 1360. Montagna, ante estas fechas opina que son demasiado tardías: él considera imposible que alrededor de 1350 puede ser todavía activo en la hagiografía servitana un “secretario de fray Pedro de Todi”, muerto en 1344 y ya enfermo en la Orden desde algunos decenios anteriores. La *Leyenda del beato Francisco* se colocaría en los años en los que fue escrita la *Leyenda del beato Joaquín*, es decir, entre el 1330 y 1335. La mención a la peste podría ser una añadidura del copista y del redactor final, identificado con fray Bendito “Gerj”, que habría podido transcribir e integrar el texto original después de 1348-49, o en el límite hacia 1374, bajo el gobierno del prior general fray Andrés de Faenza, interesado en la conservación de las memorias hagiográficas de los orígenes de la Orden.

La *Leyenda del beato Francisco* se diferencia de la del beato Joaquín en el estilo e impostación teológica. Es la obra de una persona culta, cercana a los varios aspectos al redactor de la *Leyenda de Origen*.

### Ediciones

- La *Leyenda del beato Francisco* se encuentra en el mismo código (*Vat. Lat. 10.187, ff. 276V-284V*) en la cual se encuentra transcrita la *leyenda del beato Joaquín*.

- Una primera edición parcial, y no siempre correcta se tubo en la relativa *Positio super dubio: an sententia lata ... super cultu ab immemorabili tempore, praedicto beato exhibito, seu supe casu excepto ... sit confirmanda*, Romae, ex Typographia Rev. Camerae Apostolicae, 1743, p. 15-28. Soulier la publicó, basándose en la copia der Palombella, en *Analecta Bollandiana*, XIV (1895) p. 167-197 y, después del descubrimiento del código vaticano, realizó una segunda edición en *Monumenta OSM*, V, p. 22-45.

- Una traducción italiana, a cargo de F. M. FIORETTO y E. M. BEDONT, con notas de F. A. DAL PINO, en *Due beati senesi: legende trecentesche dei beati Gioacchino e Francesco*, Vicenza 1965, p. 21-43 (*Panis Servorum*, 7).

### Bibliografía

- F. DAL PINO, *François de Sienne, bienheureux servite italien*, in *Dictionarie d'histoire et de géographie ecclesiastique*, CVI, paris 1975, col. 766-767,

- D. M. MONTAGNA, *Il santorale dei Servi di santa Maria sino a fra Pietro da Todi (1314-1344)*. II. *Nuova datazione della "Legenda beati Francisci de Senis"*, "Studi Storici OSM", 43 (1993), p. 17-19.

- P. M. SUÁREZ, *Spiritualità mariana dei frati Servi di Maria nei documenti agiografici del secolo XIV*, "Studi Storici OSM", 9 (1959), p. 133-134 y *passim*; 10 (1960), p. 1-41.

- P. M. SUÁREZ, *Francesco da Siena*, en *Bibliotheca Sanctorum*, V, Roma, 1964, p. 1186-1188.

1. En múltiples ocasiones y de muchas maneras, hermanos queridos, habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. Ahora, en estos últimos tiempos, nos ha hablado<sup>1</sup> por medio de un siervo suyo, Francisco, que el Padre de la misericordia<sup>2</sup> llamó de las tinieblas a su maravillosa luz<sup>3</sup> para que dejemos a un lado la maldad y los deseos profanos, como dice el apóstol Pablo, el más grande de los teólogos, y vivamos en este mundo con sobriedad, justicia y piedad. Y así aguardaremos la beata esperanza<sup>4</sup>, es decir, la gloria futura prometida a los fieles, que como atletas corren en el estadio.<sup>5</sup> Por lo tanto, hermanos queridos, re4corrámos con breves y sencillas palabras sus dichosos primeros momentos en los cuales ya se manifestaba la índole y la santidad de su vida. Veremos también su sagrado tránsito que lo transportó a la gloria celeste para allí reinar eternamente.

---

<sup>1</sup> Hb 1,1, La solemnidad del inicio, se asemeja a la introducción de algunas de las primeras *legendae* de santo Domingo.

<sup>2</sup> Cor 1, 3

<sup>3</sup> 1 P 2, 9

<sup>4</sup> Tit 2, 12-13a.

<sup>5</sup> 1 Cor 9, 24-25.

2. Francisco, padre santo y testigo radical de Cristo, era natural de Siena, de la región Toscana. Su padre y su madre, Arrighetto y Reinaldesca, eran, según el criterio del mundo, bienestantes y en su vida de fe y sus costumbres, fieles y devotos.

Sucedió que, mientras su madre ya cercana al parto estaba durmiendo con su esposo, soñó que daba a luz un lirio que se enraizaba en la tierra y florecía con exuberancia. Y con temeroso estupor se veía a sí misma imponiéndole una corona de esos mismos lirios a la Reina de los vírgenes.<sup>6</sup> Despierta, relató a su esposo la visión. Este no la consideró como una profecía sino como un simple sueño. Dormida nuevamente, fue favorecida con otra visión no menos inaudita: se encontraba en una iglesia maravillosa donde el obispo, envuelto en sus hábitos pontificales y circundado de clérigos, celebraba solemnemente la Eucaristía. Se sintió entonces, llamada por él y al instante la recorrió un temblor por lo inconsueto de la situación. Este le dijo: “Mujer, no te asombres, nacerá de ti el lirio que viste en tu sueño. Atravesará las sucias calles de este mundo permaneciendo incontaminado”. Dicho esto, bendijo su vientre con el báculo pastoral. Ya despierta y comprendiendo tan sencillamente como pudo la visión comunicada por el Señor, mantuvo el secreto hasta el día de su muerte.

3. Poco después, sus vecinos la felicitaban como a la segunda Isabel,<sup>7</sup> la del Evangelio, por el hijo dado a luz y la sirvieron en el parto según sus posibilidades. Renacido en las aguas bautismales, mientras el padrino lo sacaba del baño sagrado y lo entregaba a las matrona para que le pusiera los pañales, y ésta, habiéndolo vestido lo encomendaba a la gloriosa Virgen, delante de una imagen suya, el niño, ungido con el crisma celestial, abriendo sus ojos, exultó<sup>8</sup> de gozo mientras trataba de saludar a la gloriosa Virgen con los gestos que su edad le permitía. Sin duda, desde esos primeros momentos, se veía cuál iba a ser su futuro<sup>9</sup> y la virtud que iba a alcanzar en el sagrado jardín de la misma Virgen gloriosa.<sup>10</sup>

4. Después de la edad de la lactancia, Francisco fue iniciado para que hiciera sus primeros pasos por el camino de la sabiduría. Se le instruyó, cual otro Samuel,<sup>11</sup> junto al templo del Señor, como par que<sup>3</sup> morara para siempre en sus atrios.

En seguida, este niño santo, desbordante de Dios y huérfano de padre antes de los diez años, frecuentaba las iglesias causando admiración, como oyente asiduo de la palabra de Dios. Palabra o sentencia, que captaba su inteligencia, la guardaba y, en su espíritu contemplativo, la masticaba para conservarla como flor entre otras sentencias dentro de la pequeña biblioteca<sup>12</sup> de su corazón.

5. Vivía en ese tiempo Ambrosio, elegido de Dios y hermano ejemplar de la Orden de los Predicadores<sup>13</sup>. Popularmente célebre en Siena por su vida y su fama: era renombrado a causa de sus frecuentes predicaciones. Francisco, niño aún, inebriado por la palabra de tal predicador no se sentía atraído por los juegos y placeres infantiles como suele ocurrir a esa edad y en tal ambiente.

---

<sup>6</sup> El símbolo del lirio representa en sí toda la vida del beato, en la que resplandece sobretodo la virginidad (cfr. nn. 6, 8, 9, 14, 27). Por esto la Madre de Dios es llamada e invocada como la *Virgen gloriosa*, la *Virgen Maadre*, la *Virgen* o también la *Reina de las vírgenes*.

<sup>7</sup>Lc 1, 58.

<sup>8</sup>Lc 1, 41, 44

<sup>9</sup>Lc 1 66. Todo el párrafo está construido sobre el paralelismo entre Juan el Bautista y el beato Francisco.

<sup>10</sup>Una definición de la Orden de los Siervos que subraya la característica de ser propiedad especial de la Virgen, según una concepción recurrente también de la LO.

<sup>11</sup>1 Sam 1, 22ss.

<sup>12</sup> La expresión (que aquí se presenta en diminutivo: *armariolum*), de ascendencia patrística (cfr. por ejemplo Jerónimo, *Carta 60*, 10-8-9) es típica de la literatura monástica del medioevo. L'*armarium* es la biblioteca del monasterio. El término se encuentra también en la *Leyenda* “perugina” de san Felipe (ed. Montagna, p. 14-15, 40-42).

<sup>13</sup>Para el beato Ambrosio Sansedoni cfr. p. 324, notas 26 y 27.

Frecuentemente permanecía en vela durante la cuaresma, en el cementerio o en la puerta de la iglesia de los Predicadores para no perderse ninguna palabra desde el principio hasta el fin. Sucedió que durante un sermón, Ambrosio recordó con espíritu lleno de fervor aquellas palabras dirigidas a Arsenio en un tiempo lejano: “Arsenio, huye la frecuencia con los hombres y te salvarás”<sup>14</sup> Estas palabras se le grabaron tan profundamente en su corazón y en su mente que no lo abandonaron jamás. Así decidió, muy joven aún, huir a las grutas del desierto y a la vida solitaria.<sup>15</sup> Lo hubiese hecho si su madre no hubiera necesitado de atención y cuidado, pues Dios había permitido que quedase ciega para probarlo en su humildad y paciencia. La acompañó hasta sus veintidós años cuando, muerta su madre por enfermedad, ya no temió contradecir ningún mandado del Señor. Así creció en él, desde su infancia, el sentido de misericordia. No sólo demostraba su entrañable compasión hacia sus allegados sino también hacia los más despreciados, redimidos por la sangre de Cristo.

6. El joven Francisco había elegido a la gloriosa Virgen como su Madre y Señora.<sup>16</sup> A Ella le demostraba con su corazón y su cuerpo gran reverencia, a tal punto que la llamaba solamente “Señora”. Muy seguido, durante el día y la noche, por lo menos quinientas veces, se arrodillaba delante de la imagen de la bienaventurada Virgen, recitando el *saludo que le había dirigido el ángel* y otras muchas alabanzas. Le suplicaba a la gloriosa Virgen para que el lirio de su virginidad no se marchitase. Humildad de corazón, paciencia en las contrariedades y fortaleza en las tentaciones del adversario, era lo que insistentemente pedía con ferviente anhelo. Obligaba resueltamente a su carne a ser sierva del espíritu. Cuando deseos violentos acariciaban su alma, gimiendo los hacía pedazos en Cristo, su roca, y en su Señora, la gloriosa Virgen. Con lágrimas y suspiros purificaba sus culpas veniales, que muchas veces a escondidas penetraban en su mente. Llevando un silicio sobre su carne domaba su cuero flagelándose.

7. Huérfano también de madre, el joven Francisco, libre ya de todo lo que lo ataba al mundo, se propuso cumplir lo que en su interior pensaba. Con ansiedad buscó la vida solitaria para servir por toda la vida al Creador de todas las cosas y a la gloriosa Virgen María, su Señora.<sup>17</sup> A menos que el Señor y la gloriosa Virgen María, su Señora, dispusieran de él de otra manera. Frecuentemente volvía a evocar en su espíritu y a rumiar en su conciencia aquellas palabras que había escuchado: “*Huye de los hombres*”. El Espíritu Santo le sugirió, entonces, que la culpa no se encuentra en el trato con los hombres sino en la imitación de sus vicios. Al contrario, ese trato le habría servido para adquirir mayores méritos si, con la palabra salvadora de su exhortación y el ejemplo de su propia vida, arrancara a los hombres de las garras del enemigo y llevara a esos que caminaban como bestias por el mundo, desviados detrás de los engaños del demonio, a caminar por senderos de justicia.

8. Comprendió, el siervo de Dios Francisco, que a través de la voz profética que le hablaba el mismo Señor. Instruido por este oráculo y por la palabra de Dios entendió que es preferible vivir en una Orden bajo obediencia, que ofrecer sacrificios y víctimas;<sup>18</sup> podía, así seguir en dicha Orden al Cristo pobre viviendo despojado e imitar a la gloriosa Virgen. Del mismo modo se dio cuenta, que él, virgen, serviría mejor en ella a la Virgen Madre y al Hijo de la Virgen ofreciendo la flor de la pureza y virginidad. A la edad de 22 años, Francisco entró en la Orden de los Siervos de María, él

<sup>14</sup>Teodoro Studita, *Vida de Arsenio*, cap. IV, n. 4.

<sup>15</sup>El deseo del desierto puede ser todavía una línea con el paralelismo entre el Bautista y el beato Francisco.

<sup>16</sup>Cfr. LO, n. 7.

<sup>17</sup>El servicio a la Virgen está estrechamente unido al servicio de Dios. El párrafo siguiente (n. 8) habla de que Francisco escoge a la Orden de los Siervos para servir con una vida virginal a la “Virgen Madre y al Hijo de la Virgen”.

<sup>18</sup>*1 Sam 15, 22*

que ya era siervo siguió una vía feliz como después lo comprobó con el éxito de su vida. Existen hermanos y compañeros de profesión que son testigos de la estatura espiritual a la cual mereció llegar ayudado por el Señor de las virtudes. Yo mismo testifico ante Dios y todos sus santos, que no hablaré nada de sus virtudes sino aquello que yo mismo vi y lo que antes de su feliz tránsito supe por él mismo. Lo hago no par sacar ningún provecho de los aduladores, sino para manifestar con más verdad la gloria de la divina majestad y el honor que se le debe a María, la Virgen sin mancha cuyo patrocinio a cada momento le imploraba.

9. Este hombre, lleno de Dios, como yo mismo pude constatar recibiendo sus confesiones bajo el secreto del sacramento de la penitencia, no recordaba ni tenía conciencia de haber cometido ningún pecado en lo íntimo de su corazón ni en sus acciones, desde su infancia hasta su vejez. Todos los días con gemidos piadosos y suplicantes rogaba a la Virgen gloriosa que permitiera que su espíritu fuese arrancado del tabernáculo de su cuerpo con la muerte en lugar de permitir que su alma cayese en las insidias de un pecado. A menudo repetía el dicho de Salomón: *“Huye del pecado como de la culebra”*<sup>19</sup>. Si notaba alguna vez el vestigio de una pequeña culpa en su alma, la limpiaba con el sacramento salvador de la penitencia al que recurría asiduamente por la mañana y la noche.

10. Tres años antes de su ingreso a la Orden, cuando tenía alrededor de 25 años, fue elevado a la dignidad sacerdotal. Tan admirable era la dulzura de su devoción al sacramento de la Eucaristía que la celebraba todos los días. Decía él: “No conviene a ningún siervo de Dios quedar un sólo día sin viático porque es incierta la hora de la muerte e ignoramos cuando llegue el Señor”.<sup>20</sup> Tanta era su alegría durante la misa solemne y el gozo que expresaba su rostro, que podrías creer que en esos momentos veía al mismo Cristo encarnado ya en la gloria, sin las apariencias que lo recubren en el sacramento. Cuando algún hermano en esos momentos miraba su cara llena de gozo, cuando terminaba la celebración, le preguntaba: ¿qué te pasó o qué viste mientras se celebraba la misa que te vi sonreír y exultar de esa manera?” El, padre virtuoso, con ojos como avergonzado, respondía: “Dios te perdone, hijo, porque osaste mirar el rostro del sacerdote. No conviene mirar su cara ni tampoco al mismo sacerdote mientras está presente el cuerpo santo de Jesús. Recuerda, sólo Moisés entraba en la parte santísima del templo porque ningún hijo de Israel podía contemplar su rostro, que se había vuelto radiante en el trato coloquial con Dios”<sup>21</sup>. Y su confesor, habiendo oído esa contestación le preguntó si podía saber lo que le había sido revelado. Él le respondió: “Mi secreto queda conmigo”<sup>22</sup>: Desea que lo asalten quien a la vista de todos transporta un tesoro por la calle”.

Tanta era, en este siervo de Dios, la picardía y la facilidad de palabra concedidas por el Altísimo, que, interrogado, siempre tenía la respuesta lista, casi sin pensarla. Sus contestaciones satisfacían a todos plenamente.

11. Francisco se sentía atraído por el ministerio de la Palabra de Dios e medio del pueblo. El Señor lo había particularmente dotado para esa misión, de tal manera que aun cuando de improviso se le pedía que predicase, después de orar delante del Crucifijo o de la imagen de la gloriosa Virgen María y pedida la bendición su prior, distribuía al pueblo con abundancia y para satisfacción de todos, el pan de la palabra y de la vida. Algunos hermanos se maravillaron de su sabiduría y no podían comprender que improvisara cuando proclamaba la Palabra de Dios y quisieron ponerlo a prueba. Llamándolo, el prior lo obligó a subir al púlpito inmediatamente para predicar al pueblo. Recibida la bendición, se encaminó hacia la iglesia repitiendo el saludo del ángel a la Virgen y

---

<sup>19</sup>Sir 21, 2.

<sup>20</sup>Mt 24, 42.

<sup>21</sup>Ex 34m 29.

<sup>22</sup>Is 24m 16 LXX y Vg.

añadía: *El Señor está en mi corazón y en mis labios para que pueda proclamar dignamente su evangelio*”<sup>23</sup>. Y mientras uno de los hermanos lo seguía en silencio, otro le preguntó cómo osaba predicar sin prepararse. Y Francisco le contestó: “El Señor es quien da la sabiduría y de su boca provienen riqueza y gloria”<sup>24</sup>. Y añadió: “Si alguno necesita sabiduría, pídale a Dios que la ofrece a todos en abundancia y sin arrepentirse”<sup>25</sup>. Y al final dijo: “¿No sabes que nuestra Señora fue colmada de gracia?”. Dicho esto, subió al púlpito y predicó mucho mejor que de costumbre. Los hermanos agradecieron al Señor. Los fariseos se asombraban de la doctrina del Señor. Así como se maravillaron también frente al conocimiento que tenían de la ley Pedro y Juan no sabiendo leer ni escribir.<sup>26</sup> Lo mismo sucedía frente a la predicación del Siervo de Dios. Todos se maravillaban. E interrogándolo cómo hacía para predicar tan bien sin haber aprendido a hacerlo, solía decir: “No la erudición, sino la unción, no la ciencia la conciencia, no los libros en cantidad, sino mucha caridad enseñan la teología”.

12. Un día, mientras estaba predicando con mucho fervor la Palabra de Dios, sucedió que dos vírgenes que habían venido a escucharlo se alegraron sobremedera con un prodigio. Vieron, en efecto, lo que testimoniaron a su confesor por separado y también juntos, que mientras el siervo del Altísimo Señor, Francisco, predicaba con fervor al pueblo, descendía sobre su cabeza un globo de fuego. Y, posándose sobre él, bajaba a su hombro derecho algo así como una estrella clarísima que emitía rayos tintilantes en dirección a su boca. Terminada la predicación, dicha estrella ascendió y pareció transformarse en un cándido lirio. Esto constituyó una prueba segura de la abundante gracia divina concedida al Siervo de Dios para el servicio de la Palabra.

13. También a Francisco, siervo del Altísimo, se le había otorgado la gracia de acompañar con consejos a muchos hombres y mujeres de distinta condición. Y por ese motivo requerían su presencia con mucha frecuencia. No pocos de sus hermanos miraban con envidia su actuar y murmuraban que Francisco tenía demasiado contacto con seculares, hombres y mujeres, que lo buscaban con la intención de confesarse con él. El siervo de Dios lo comprendió y se amargó de haber sido causa de escándalo y pecado para algunos. Deseando por eso elegir como María la parte mejor<sup>27</sup> y no seguir siendo para nadie causa de escándalo y pecado, postrado delante de la imagen de la Virgen gloriosa, a ella se dirigió y devotamente la suplicó diciendo: “Queridísima Madre, Virgen llena de bondad, Reina de los cielos, Señora de los ángeles, Madre de gracia y de misericordia, te ruego, Madre de dulzura y abogada de los pecadores, que dispongas de mí, indigno siervo tuyo, de tal suerte que toda mi persona, te sea grata y continúe fielmente en tu servicio pero sin escandalizar a mi prójimo”. Pidiendo esta gracia lloraba abundantemente. Solía decir que en esta vida siempre es necesario acompañar con lágrimas todo pedido que se dirija al Creador del universo o a la Señora de los cielos. Terminada su oración, cayó en un leve sueño delante de la imagen y oyó una voz que le decía: “*Tu plegaria ha sido escuchada*”. Mientras todas las cosas estaban sumergidas en el reposo y en el secreto silencio de la noche,<sup>28</sup> como de costumbre, sin que otro lo llamase, Francisco se levantó de su camastro para celebrar con sus hermanos las alabanzas vigiliares de la noche. Iniciando el matutino, se dio cuenta que no oía absolutamente nada. Comprendió así que su oración había sido escuchada por el Señor. Cuando los frailes, como de

---

<sup>23</sup>Son las palabras con la que el sacerdote bendice al diácono o que él mismo pronuncia antes de la proclamación del evangelio.

<sup>24</sup>*Pr 2, 6*

<sup>25</sup>*Sant 1, 5*

<sup>26</sup>*Hch 4, 13*

<sup>27</sup>*Lc 10, 42*

<sup>28</sup>*Sab 18, 14*

costumbre lo llamaron, se llevaba su mano al oído y con gestos les explicaba que estaba sordo. A causa de esto, tanto sus hermanos como los seglares se apenaron mucho y querían hacerlo visitar por médico. El siervo de Cristo se lo prohibió terminantemente. Interrogado por sus hermanos sobre la causa de esta enfermedad, él les respondía: “Lo malo que aquí nos oprime nos impulsa a recurrir a Dios: ha caído ya una de las puertas de la ciudad para que comprendamos que hay que buscar, con todas nuestras fuerzas, la ciudad permanente y estable de Dios y no la perecedera”.<sup>29</sup>

14. El siervo de Cristo desbordaba de alegría porque estaba consciente de que se manifestaba en él la gloria divina. Por eso con mucho más fervor se daba al servicio divino y se entregó sin más retacos a la gloriosa Virgen, meditando día y noche la ley del Señor<sup>30</sup> y el modo de ser más virtuoso. Queridos míos, ¿qué más les tengo que decir? Si quisiera proclamar lo extraordinario de sus virtudes creo que no sería suficiente la pluma de ningún escritor. A no ser por enfermedad o debilidad extrema, nunca o raramente descansaba en lecho blando sino sobre tablas o en el suelo, con una pequeña almohada bajo su cabeza, ponía su cuerpo medio muerto. Si el sueño lo invadía de noche o de día, vigilante, en seguida iba al oratorio que tenía en su celda para orar delante de la imagen de la gloriosa Virgen. En muchos momentos, después del oficio divino, recitaba muy devotamente el saludo a la Virgen y muchas otras de sus alabanzas. Invocaba la milicia de los ángeles y de los espíritus celestes, el coro glorioso de los apóstoles, de los patriarcas, de los confesores y de los venerables profetas, el ejército selecto de los mártires de Cristo, el grupo casto de las vírgenes. Con expresiones sencillas que brotaban de sus labios manifestaba todos los días la más alta reverencia a cada uno de los santos. Invitaba a todos a servir a la Madre de Cristo y así una corona, la que su madre había contemplado en sueños, imponía con todo fervor a la Reina de las vírgenes.

15. ¿Qué más tengo que decir? Existen muchos hermanos que pueden hablar de su humildad. Era tan profunda, que no sólo se consideraba el menor frente a sus superiores y a sus iguales, sino frente a todos, aún frente a los niños. A sus mayores los reverenciaba como a padres y señores, a sus iguales como a padres, a los menores como a hermanos queridísimos. Y si alguna vez alguna, aunque de los más pequeños lo ofendía con palabras o con acciones, como suele suceder entre compañeros, se reconocía culpable, sin serlo. De rodillas delante del hermano, con profunda humildad, se postraba hasta que no lo obligaban a levantarse. En las discusiones de hermanos raras veces se inmiscuía a no ser que sus superiores lo llamasen especialmente.

16. Demostraba íntima caridad para con sus hermanos y su prójimo. Eran sus predilectos los niños, huérfanos y viudas, los marginados y desconsolados o angustiados por las dificultades de la vida. Muchas veces se despojó de su hábito para cubrir las necesidades del prójimo. No te escandalices por lo que dije: el siervo de Dios tenía un permiso amplio de los superiores para hacer libremente aquello que la gracia del Espíritu le sugería. Se enfrentaba a hombres y mujeres nobles, y lo que le daban o lo que pedía lo dispensaba con mano misericordiosa a los que estaban oprimidos por la vergüenza y la pobreza. Solía decir que en esto se conseguían dos bienes: el mérito para el que donaba y el provecho del necesitado.

17. Asiduamente este hombre de Dios recorría la ciudad y a quien encontraba le dispensaba con sinceridad buenos consejos. Era el pacífico mediador de enemigos y pendencieros, era también el

---

<sup>29</sup>Heb 11, 10.16.

<sup>30</sup>Sal 1, 2



consolador lleno de compasión para los oprimidos por las calamidades del tiempo. Cada vez que intervenía en uno de estos casos florecía allí el beneficio de la reconciliación.

18. Muchas ancianas y también jóvenes de noble familia recurrían al siervo de Dios en sus dolencias. Habiendo orado, les imponía sus santas manos y, haciéndole la señal de la cruz el lugar enfermo, les devolvía el beneficio de la salud. Me contó el hermano Pedro de Città di Castello, que teniendo un incesante dolor en un ojo, le pidió al siervo de Dios Francisco que le diese su bendición. Bueno como era, tanto en su querer como en su quehacer, en seguida lo escuchó y le desapareció el dolor. Es superfluo narrar con cuánta humanidad recibía a los peregrinos y a los huéspedes; parecía casi que les quitase la fatiga y los dolores del camino.

19. En el comer no era muy parco: solía decir que al asno servidor, como llamaba a su cuerpo, no se le debe negar el alimento necesario<sup>31</sup> para que no se niegue a obedecer ni se rebele<sup>32</sup>, y así lo puedes encontrar listo y fuerte para hacer el bien. Explicaba: “Sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman”<sup>33</sup>.

20. Cierta vez, cuando el siervo de Dios se dirigía a predicar al pueblo denominado Santa Colomba, en la diócesis de Siena, sucedió que por el camino, al subir una colina, siendo bastante gordo y sintiéndose fatigado por el calor, pensó aliviarse mojando sus labios con un poco de vino y agua. Acercándose a una villa, pidió al granjero vino y agua por amor de la bienaventurada Virgen. Éste, siendo muy grosero, se los negó diciendo que no tenía la llave de la bodega. El hombre de Dios muy avergonzado y ruborizado, se alejó. No muy lejos del lugar, Francisco dijo a su compañero: “Dios se ofende mucho cuando se le niega lo necesario a uno de sus siervos. De hecho dice el apóstol Pablo, que aquéllos que sirven al altar deben vivir de él.<sup>34</sup> No es injusto pedirles a los laicos que nos asistan en lo material cuando nosotros los servimos en lo espiritual<sup>35</sup>. Pienso que Dios se tiene que sentir indignado con este lugar”. Dicho esto, continuó su camino. La noche siguiente un fuerte temporal, insólito para la estación, se abatió sobre esa villa, sus viñas y sus árboles. Se inundó todo y se perdió la cosecha. Te digo, que podrías haber creído que en el lugar, de estar en pleno verano, te encontrabas en pleno invierno.

21. Siempre que el siervo de Dios Francisco salía fuera de los muros de la ciudad para la predicación u otra urgente necesidad, pedía de rodillas la bendición de su prior. Y se iba habiendo recibido de sus manos el báculo de peregrino. Muchas veces su compañero le decía que era innecesario repetir ese requisito con tanta reverencia; a lo que él contestaba: “Sabemos, querido mío, cuándo nos vamos, pero no cuándo y cómo el Señor nos permitirá retornar. Cada día debe ser considerado como el último de nuestra vida”.

22. Todos los días, antes que los hermanos se levantasen para las alabanzas vigiliares de la noche, mortificaba su cuerpo con atroces disciplinas en favor de los vivos y de los difuntos. Si hubieses oído sus golpes, habrías creído que golpeaba una madera o una piedra y no su propia carne.

23. Ardientemente deseaba abandonar para siempre su cuerpo, considerado cual carpa para el desierto. Por eso, aplaudiendo y sonriendo, repetía con gozo aquel dicho del apóstol Pablo: “*Deseo*

---

<sup>31</sup> *Sir* 33, 25.

<sup>32</sup> *Pr* 29, 21.

<sup>33</sup> *Rom* 8, 28.

<sup>34</sup> *I Cor* 9, 13.

<sup>35</sup> *I Cor* 9, 11.

*morirme y estar con Cristo*”<sup>36</sup>, y añadía: “*porque par mí vivir es Cristo y morir ganancia*”<sup>37</sup>. Se acercaba el tiempo de la plenitud del beato Francisco. Esa hora que el Altísimo Señor disponía para liberar su espíritu de las cadenas de esta tierra y, en profundo descanso, hacerlo reposar de sus fatigas con los santos. Ya tenía alrededor de sesenta y dos años cuando el Señor le hizo ver a través de algunos indicios que se acercaba su llamada final.

24. Se estaba casi en el día de la Ascensión del Señor, cuando Cristo glorioso transporta y entroniza al hombre en el cielo, liberado de la muerte y Señor para siempre. El siervo del Dios Altísimo, conociendo la inminencia de su tránsito y antes de dicha celebración, no queriendo dejar desolados sin el consuelo de su bendición a sus hijos en el espíritu, entró por la puerta de la ciudad. Se dirigió primero a la casa de un cierto Meocono, devotísimo suyo, que, con su mujer, también ella sinceramente unida al siervo de Dios, lo ayudaban con frecuencia con sus bienes. Se dirigió a dicha dama con palabras de vida y pidió encontrarse con sus hijos, sus hijas y toda su familia. Una vez reunidos, elevó los ojos al cielo y los bendijo imponiendo sus manos sobre la cabeza de cada uno de ellos. Preguntándose maravillada, la devota señora, por qué había hecho reunir a la familia con tanta solicitud y hubiese orado tanto por cada uno en particular, y escuchó del siervo de Dios: “Lo que hago no lo comprendes ahora, pero lo harás más tarde”<sup>38</sup>. Al salir de la casa, se encontró con su marido, allí donde se reúnen los conciudadanos más nobles y también a él lo bendijo. Admirado, el devoto, lo mismo que su mujer, se sintió responder con las mismas palabras. Y así por aquellos pocos días, continuó impartiendo su bendición sobre cada uno de sus hijos y devotos.

25. Era la víspera de dicha solemnidad. Muy de mañana, recibido el santo sacramento de la eucaristía, entró en su celda. Allí, entró en profunda meditación del misterio de la Ascensión de nuestro Señor Jesucristo y de lo tan prolongada que había sido su vida. Se sumergió entonces en una profunda congoja. Le brotaron lágrimas. Entre sollozos y suspiros rogaba a su Señor y a la bienaventurada Virgen poder merecer la liberación de su espíritu de la custodia carcelera de su cuerpo: “Llegó la hora, Rey y Reina de la gloria, que mi cuerpo hecho del barro de esta tierra, vuelva a su propio lugar y mi espíritu, liberado de esas cadenas, también, también él retorne a ustedes”. Y mientras estaba todo absorbido en estas súplicas lagrimeantes, cierto hermano, Juan de Cennina, muy amigo del siervo de Dios, acercándose a él, lo interrogó preguntándole qué le sucedía. El hombre de Dios con calma y bondad le contestó con una comparación: “¿No sabes, hijo mío, que mañana nuestro Señor será elevado a los cielos?”. Y el hermano contestó: “Lo sé, padre”, respondió. “¿Crees hijo mío, que me deje mucho más tiempo en este valle de miseria? Espero que cuanto antes me haga esa gracia y no me tenga más aquí, en esta miseria”. Este hermano Juan, que murió durante la peste<sup>39</sup> que se abatió en el mundo, conservó todas estas cosas en su memoria, aunque a su tiempo no había comprendido nada.

26. Comprendiendo, esta criatura de Dios, que a su espíritu muy pronto lo llamaría el Señor, comenzó a sentirse débil, y, como si tuviera que hacer un viaje, ponía en orden sus libros y todas las cosas que usaba a diario. Alrededor de la hora de vísperas, llamó el siervo de Dios Francisco, al prior de la provincia, el hermano Miguel de Città di Castello y también al prior del convento, el hermano Nicolás de Siena, cuando iban a cenar con los demás hermanos y les rogó que aquella noche le permitiesen comer con los demás. Pero se lo negaron diciendo que otro día podría hacerlo;

---

<sup>36</sup> *Fil 1, 23.*

<sup>37</sup> *Fil 1, 21.*

<sup>38</sup> *Jn 13, 7.*

<sup>39</sup> Es la terrible peste de 1348, que se propagó por toda Europa, cobrando más de 30 millones de víctimas, aproximadamente una tercera parte de la población del continente.

entonces él respondió: “Padres míos, no sabemos qué nos depara el mañana”. Dicho esto aceptaron con bondad su petición. Francisco, ya en la mesa, transportado de alegría, dijo: “*Con ansia he deseado comer esta Pascua*”<sup>40</sup>. No lo comprendieron y creyendo que el hombre de Dios hablaba en enigma, continuaron su cena. Su prior le dijo: “Hermano Francisco, come tu cena tranquilo con la bendición de Dios”. A lo que el siervo de Dios le respondió con un dicho de Siena: “Querido mío, ¿no sabes que llegó el mensajero pidiendo la rendición del castillo y que le respondí que aceptaría con gusto si se salva la persona?”. Ellos creyeron que el hombre de Dios les hablaba de algún castillo de la ciudad de Siena, así que no le preguntaron nada más. Terminada la cena, el prior le preguntó si se había referido a su cuerpo hablando del castillo, ya que no había comido casi nada. Francisco no le quiso revelar abiertamente el secreto que le había manifestado el Señor.

27. Poco después se echó con su cuerpo agonizante encima del camastro, frente a la imagen de la gloriosa Virgen. En sueños veía a la Virgen gloriosa hablando a su Hijo que tenía sobre sus rodillas, cobijado entre sus brazos. Esta le decía: “Amor mío, amor de mis entrañas, ¿cómo recompensaré a este hijo querido por el servicio que me cumplió durante su vida?”. El pequeño le respondió: “Es justo Madre querida, que aquél que tanto nos amó, goce con nosotros en el Reino y se le venera en el mundo en tu honor”. Y el Niño Jesús con un gesto de su mano parecía decirle a Francisco: “Ven, ven amado mío”<sup>41</sup>, ven amado de mi Madre, para que goces con los beatos<sup>42</sup> de la eterna gloria, tú que conservaste con honor, sin concesiones y sin manchas, la virginidad de tu cuerpo”.

28. Al llamado del hermano que despertaba a los demás para la celebración del oficio nocturno, el siervo de Dios, maravillado, fue a la iglesia antes de la tercera campanada. Continuaba aún sumergido en la visión y, entonces, contestó a Jesús diciendo: “*Mi corazón está preparado, Dios mío, mi corazón está preparado; voy a cantar y tocar para ti*”<sup>43</sup>. Algunos de los hermanos que estaban observándolo antes que empezase la alabanza coral, sintieron que cantaba más fuerte que de costumbre trozos del salterio. De hecho creyendo no ser escuchado decía: “*Dios mío, me instruiste desde mi juventud y hasta hoy proclamo tus maravillas.*<sup>44</sup> *Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; tiene sed de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios?*<sup>45</sup> *¡Qué deseables son tus moradas, Señor de los ejércitos! Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor.*<sup>46</sup> *¡Qué bondad tan grande, Señor, reservas para tus fieles y concedes a los que a ti se acogen!*<sup>47</sup> *Señor, yo amo la belleza de tu casa, el lugar donde reside tu gloria.*<sup>48</sup> *Una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida; gozar de la dulzura del Señor contemplando su santuario.*<sup>49</sup> *A ti, Señor, me acojo: no quede yo nunca defraudado; tú que eres justo, ponme a salvo, ven aprisa a liberarme. En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*”<sup>50</sup>. Terminada la celebración del matutino, se quedó así, rumiando salmos, hasta la oración de la mañana.

---

<sup>40</sup> Lc 22, 15.

<sup>41</sup> Cant 7,11

<sup>42</sup> La alegría eterna, que la Virgen obtiene de su Hijo para sus Siervos, es el premio de un servicio fielmente realizado hasta la muerte. Cfr. LO, n. 28 (la muerte de San Alejo).

<sup>43</sup> Sal 57, 8-9.

<sup>44</sup> Sal 71, 17.

<sup>45</sup> Sal 42, 2-3.

<sup>46</sup> Sal 84, 2-3

<sup>47</sup> Sal 31, 20

<sup>48</sup> Sal 26, 8.

<sup>49</sup> Sal 27, 4.

<sup>50</sup> Sal 31, 2.3.6 (71, 1).

29. Luego, se preparó para celebrar la solemne eucaristía del día de la Ascensión del Señor. Llamó a su confesor, que también lo había sentido cantar esos salmos, y se confesó diligentemente. Interrogado por el mismo confesor, como después me lo relató, sobre el por qué cantaba esos salmos, Francisco contestó: “Es voluntad de Dios que no te ocultes la visión que tuve, cuídate mucho de no repetir lo que oyes antes del tiempo establecido. Hijo mío, dentro de muy poco dejaré este mundo”. Añadió el confesor: “No digas eso, hermano Francisco”. Y éste le replicó: “No creo que me veas más celebrar, falta poco para que el Señor entregue mi cuerpo a la tierra”. En ese momento le manifestó la visión y la respuesta que había dado. Ahora el confesor, triste y muy acongojado, quiso llorar, pero Francisco le dijo: “No llores, conserva este secreto y cuando Dios quiera se lo revelarás al queridísimo padre e hijo mío, el hermano Cristóbal de Parma al que ya otras veces manifesté mis secretos”. Y por tercera vez, casi con dureza, agregó: “No oses revelarlo a ningún otro”.

30. Terminada la misa solemne, se sintió muy débil y sin fuerzas. Tenía que ir, entonces, a predicar a un pueblo llamado Presciano, cerca de Siena. Arrodillado frente al prior, le pidió la bendición y la absolución de todos sus pecados y le suplicó que pusiera en sus manos el báculo de itinerante para ponerse en camino. El prior no aceptaba ese gesto de tanta reverencia porque no sabía lo que pasaba con Francisco e ignoraba su secreto. El siervo de Dios entonces le dijo: “Padre, no sé verdaderamente cuántas veces más voy a pedirte la bendición”. Dicho esto, como pudo, apoyado en su báculo y acompañado por un hermano se fue. Sucedió que apenas saliendo de las puertas de la ciudad, a la distancia de un tiro de arco y flecha, Francisco se desplomó, sin ninguna fuerza en su cuerpo y con su rodilla derecha en el suelo, dijo: “*Yo te amo, Señor, Tú eres mi fortaleza, Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador*”.<sup>51</sup> Y añadió: “*Yo te saludo María, llena eres de gracia, el Señor es contigo*”. Era el saludo que tenía siempre en su boca, Sostenido por su compañero, quiso proseguir para el camino. Quería ser obediente hasta la muerte.

31. Caminó unos treinta pasos más y vio a una mujer desconocida que venía del pueblo a su encuentro con un ramo de rosas. Esta le dijo: “*Hermano Francisco, te regalo estas rosas*”. Y éste, muy agradecido, las tomó y con las fuerzas que aún le quedaban, las llevó a una imagen de la Virgen gloriosa que estaba pintada en una ermita del lugar. Mientras repetía el saludo del ángel, lentamente se dejó caer casi él mismo como una flor: cual lirio virgen se ofreció así antes de morir. Hermano querido, también nuestro Salvador, como todo el mundo sabe, culminó la lucha de su sagrada pasión fuera de los muros de la ciudad<sup>52</sup> para que todas las naciones lo supiesen. El siervo de Dios, Francisco, mereció recibir el Espíritu prometido y el premio de su vocación fuera de los muros de la ciudad, frente a su Señora, la Virgen gloriosa, para que también su tránsito sagrado se conociese en lejanas naciones de la tierra.

32. Su cuerpo semimuerto fue trasladado al convento. Mientras era requerida la ayuda de los médicos, el siervo de Dios, no pudiendo hablar, lo hacía con gestos: movía su cabeza y también con sus ojos expresaba que no necesitaba los remedios que le podía ofrecer la medicina. Mientras un hermano que lo cuidaba le decía: “Hermano Francisco, ¿cómo te sientes?, ¿quieres que te haga algo?”, el siervo de Dios, abriendo sus ojos, levantó su rostro y, entre dientes, con las fuerzas que le quedaban, murmuró: “*Todo ha terminado. En paz me acuesto y en seguida me duermo*”<sup>53</sup>.

---

<sup>51</sup> *Sal 18, 2-3*

<sup>52</sup> *Heb 13, 12-13.*

<sup>53</sup> *Sal 4, 9.*

33. Sucedió en esos días que, durante la profunda calma de la noche de la Ascensión del Señor, mientras los hermanos cantaban al Altísimo Señor en el coro el salmo invitando a la oración,<sup>54</sup> el hermano que cuidaba al siervo de Dios le preguntó cómo se encontraba. Francisco nada le respondió. Y mientras las voces corales cantaban “Si hoy escucháis su voz, no endurezcáis el corazón...”<sup>55</sup>, el siervo de Dios trataba de expresar con su voz y con gestos que el Señor, dentro de muy poco, lo llamaría. Continuaban los hermanos en coro: “Durante cuarenta años aquella generación me rechazó...”<sup>56</sup>. Terminado el canto, Francisco con sus ojos pidió de beber. Y poco después se le oyó decir: “No te temo”, y en seguida, elevando algo sus manos, sólo se pudo comprender una palabra: “*meum*”. Creemos que con seguridad Francisco, siervo de Dios, había dicho las mismas palabras que nuestro Salvador: “*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*”<sup>57</sup>. Y así, con sesenta y dos años, en presencia de los hermanos, el siervo del Altísimo Señor entregó su espíritu al Creador. Era el día 26 de mayo. Corría el año del Señor 1328.<sup>58</sup> Se estaba en el décimo segundo año del pontificado del papa Juan XXII, padre y señor santísimo, que por divina providencia gobernaba la sacrosanta Iglesia romana y universal.<sup>59</sup>

34. No convocados, sin embargo, todos corren a ver el cuerpo santo. Se reúnen viniendo de pueblos y aldeas. Los hermanos se maravillan de la rápida afluencia de los habitantes del burgo, hombres y mujeres. ¡Cuántos llantos, cuántos gemidos, cuántos suspiros, cuántos aplausos! Hubieras creído que se trataba de una catástrofe o ruina ciudadana. Todos lloran al padre, lamentan la ausencia del consolador. Creen que han perdido para siempre al que intercedía y abogaba por ellos ante la gloriosa Virgen. “¿Qué haremos – se preguntan – padre bueno?, ¿quién consolará, habiéndonos dejado tú?” Lo lloran con ríos de lágrimas como al hijo único irremediamente perdido.

35. Se reunieron los religiosos, llegó también el colegio de los clérigos. Querían honrar su cuerpo con dignos funerales y así darle sepultura. Después del oficio de difuntos, la cantoría entonó con solemnidad el canto del *Requiem aeternam* para el inicio de la misa, pero el pueblo se lo prohibió y los obligó a cantar “*Gaudeamus omnes in Domino diem festum celebrantes*,<sup>60</sup>... etc.” Así empezaba la solemne eucaristía en honor de muchos santos y de la misma Virgen María. El pueblo de Siena, peregrinante junto a nosotros, creía sinceramente que en ese día había enviado delante de sí al Reino de los cielos, un intercesor y un fiel abogado frente al Altísimo Señor. Terminada la misa solemne, los religiosos y clérigos allí reunidos querían dar sepultura a los santos despojos. No pudieron hacerlo sino después de cuatro días. Acudía el pueblo de aldeas y burgos cercanos a este cofre de virtudes de donde resplandecían incandescentes las gracias espirituales del bienaventurado Francisco. A los ciegos la vista, a los sordos el oído, a los cojos el caminar, el altísimo Señor concedía por los méritos de ese cuerpo santo. Los endemoniados se liberaban. Los paralíticos sanaban. Los encorvados y contraídos se erguían. Los leprosos quedaban limpios. Todos encontraban alivio para sus penas. Pero lo más grande de todo es que también hubo muertos que

<sup>54</sup> Es el *salmo 95*, llamado así porque es el *salmo* que abre e “invita” a la oración comunitaria.

<sup>55</sup> *Sal 95*, 8.

<sup>56</sup> *Sal 95*, 10..

<sup>57</sup> *Sal 31*, 6; *Lc 23*, 46.

<sup>58</sup> Esta referencia es un período de 15 años registrado a partir del año 313 (Constantino y la paz de la Iglesia). Los años de cada uno de estos períodos se enumeraban progresivamente del 1 al 15, después se iniciaba de nuevo. En la cancillería papal se comenzó a utilizar en 1088 y permaneció en vigor por toda la época medieval.

<sup>59</sup> Santiago Duése da Cahors, papa de Avignón de 1316 a 1334.

<sup>60</sup> Es el canto de ingreso (de introducción) a la misa solemne de las fiestas.

volvieron a la vida.<sup>61</sup> Mientras todo esto sucedía, el pueblo lo despojaba del hábito y del resto de sus ropas, dejando al descubierto su purísimo cuerpo. Revestido una segunda y una tercera vez por los hermanos, continuaba ese santo despojo.

[Milagros]

36. Llegó un curioso al lugar y comenzó a denigrar al santo varón de Dios. Y he aquí que otro sacó la espada para cortar un pedazo de la capucha de tan grande padre y tenerla como amuleto para la salud y como objeto de devoción; pero presionado por la gran cantidad de gente, hirió con la espada el rostro del santo varón. Salió, de inmediato, un torrente de sangre viva, casi para pensar que él no estuviera muerto sino vivo; y ciertamente estaba muerto para el mundo, pero vivo para Dios.<sup>62</sup> Ante este evento, aquel hombre incrédulo se daba golpes de pecho y se convirtió en devoto del beato Francisco, pidió perdón y comenzó a visitar más frecuentemente el sagrado cuerpo.

37. Las lenguas no bastan para contar la cantidad y la grandeza de los innumerables milagros que en ese lugar, la clemencia de nuestro Salvador haya realizado por los méritos del glorioso confesor Francisco. Sin embargo, se escriben a continuación, para consuelo de quien lee y escucha, algunas simples cosas de las muchas e innumerables que se llevaron a cabo.

38. El mismo día en el que el espíritu del buen confesor de Cristo, Francisco, fue llevado a la morada del cielo, a una mujer, muy amiga del hombre de Dios, llamada Necca, que había tomado algunos pedazos del sagrado hábito, le apareció improvisamente el beato Francisco con el comportamiento que normalmente mostraba mientras vivía entre los hombres. Viéndolo, la mujer se llenó de terror. El glorioso Francisco la consolaba dulcemente diciéndole: “Hija, no tengas miedo; sino que ve de inmediato a decir a mis hermanos que con mayor honor pongan mi cuerpo, colocado en un lugar conveniente. Le agrada a la Reina del cielo honrar en esta tierra mi cuerpo, así como ha querido ensalzar mi espíritu con los beatos”. Y dicho esto, desapareció de inmediato. La mujer corrió veloz y con lágrimas contó públicamente la visión a los frailes y a todos los presentes.

39. Muchos meses después, sucedió que una mujer, la señora Mita, mantelada<sup>63</sup> de los frailes Predicadores, que gozaba de una óptima reputación entre todos los habitantes de Siena, ya casi al llegar la hora de su muerte, fue colmada por dos días por la contemplación del cielo. Regresando a la vida normal para contar las maravillosas visiones, a las preguntas de los presentes que le pedían una palabra de consuelo y de devoción, respondía como el apóstol: “*Ojos no vieron*”, etc.<sup>64</sup> Y ya que le pedían que dijera lo que había visto en relación a algunos religiosos muy famosos entre el pueblo, es decir, si los había visto en la gloria con los beatos, respondía: “Los hombres ven lo que está por fuera, Dios, en cambio, ve el corazón.<sup>65</sup> Muchos ante los hombres son luminosos, pero tenebrosos ante el Altísimo. Sin embargo, de los que preguntan son elegidos, pero todavía no se encuentran en la gloria de los beatos”. Entonces algunos que no tenían una fuerte confianza en la santidad del glorioso Francisco, le preguntaron con curiosidad: “¿Ha visto, queridísima señora, al beato Francisco de la Orden de los Siervos, por el cual ahora parece que Dios realice grandes milagros?”. Y aquélla con el rostro sonriente, respondió: “Ah, hijas queridas, lo he visto glorioso como el sol

---

<sup>61</sup> Mt 11, 5; Lc 7, 22.

<sup>62</sup> Rom 6, 11.

<sup>63</sup> Mantelados o manteladas son denominados aquellos que llevaban un manto, laicos pertenecientes a la tercera Orden.

<sup>64</sup> I Cor 2, 9.

<sup>65</sup> I Sam 16, 7.

ante la Reina del cielo y todo radiante, y la Reina de la corte celeste le imponía una corona sobre su cabeza. No deben tener ninguna duda sobre su gloria y santidad”. Poco después de haber dicho estas palabras, entregó su espíritu al Creador. Aquellas mujeres, iluminadas por este celeste prodigio, se unieron con devoción sincera al glorioso Francisco y asiduamente iban a visitar el sepulcro. He querido insertar este hecho, aunque antes hubieran sucedido muchas otras cosas, porque la primera visión y aparición y manifestación de su gloria fuera reforzada por un gran elogio de la segunda visión.

40. Mientras muchedumbres iban a ver con gran devoción el sagrado cuerpo y su sepulcro, ya que de él brotaban dones espirituales y remedios físicos para los necesitados, un cierto Vito de Andrés, de la calle llamada Camollia, se puso a denigrar con palabras en voz fuerte y gritos al santo de Dios. He aquí que le vino una fiebre grave y continua que lo llevó a la cama. Se consultaban médicos, se buscaba la causa de la enfermedad, pero del estudio de los síntomas no se obtenía ningún resultado. El mal aumentaba continuamente, de esta forma, después de tres días de constante gravedad, se perdió la esperanza de salvación, eran evidentes los signos de la muerte y no de la salud. Como le gusta al Altísimo, se acordó de haber denigrado y de haber sido incrédulo ante el santo de Dios. Horrorizado por este hecho, se dolió de él y, creyendo en su santidad, se encomendó desde el íntimo de su corazón con una total devoción. Si hubiera merecido obtener el beneficio de la salud, que no merecía e hecho, prometió que se habría dirigido descalzo a visitarlo con la debida reverencia a su sepulcro. Todavía no había emitido el voto, cuando al imprevisto se levantó de la cama sin fiebre y gritaba que había sido improvisamente sanado y liberado de todo mal por los méritos del beato Francisco. Cumplió el voto y desde entonces se volvió un gran devoto del beato Francisco y de los frailes.

41. Un tal Bartolomé, considerando poca cosa los milagros del beato Francisco, decía con las manos y los brazos levantados: “no se que milagros sean estos”. Y en aquel momento la mano y el brazo se volvieron insensibles como la piedra y la madera y se empezaron a contraer. Dándose golpes de pecho y llorando con lágrimas abundantes, se dirigió al sepulcro del santo de Dios y postrándose obtuvo el bien de la salud.

42. Otro llamado Juan Dureliani, se encontraba desde hacía cuatro años o más con una mano encogida de tal manera que no podía extender los dedos de aquella mano. Al contacto con el sagrado cuerpo, de inmediato la mano y los dedos se le abrieron.

43. Desde hacia mucho tiempo Bindo da Pieve di Castello había sido atacado por la oscuridad de los ojos y en sí había perdido totalmente la capacidad visiva y la facultad de las pupilas de los ojos, que casi no le permitía ver nada. Fue llevado al sepulcro del sagrado cuerpo y se encomendó con toda devoción al santo de Dios; antes de terminar la oración, mereció obtener lo que pedía.

44. Una mujer, la señora Tora, que desde hacía más de ocho años tenía las rodillas y las piernas encogidas y había perdido la posibilidad de caminar, fue llevada al sepulcro del santo de Dios. Alabando a Dios y al glorioso Francisco regresó libremente de pie a su casa sin la ayuda de nadie y sin ninguna dificultad.

45. También otra señora llamada Tura que desde hacía algún tiempo sufría de sordera y no lograba escuchar casi ningún sonido, vistos los milagros que Dios hacía con tanta abundancia por medio de su santo Francisco, se dirigió al sagrado cuerpo, tocó su santa mano y la puso sobre sus orejas. De inmediato obtuvo de nuevo el don del oído.

46. Una mujer, Tuccia de Poleta diócesis de Florencia, estaba poseída por un espíritu maligno y desde hacía diez meses cruelmente atormentada. Fue llevada al sepulcro del santo cuerpo y colocada ante él. El espíritu maligno, que no podía soportar su santidad, comenzó a dar signos de su salida. Fue saliendo dejando medio muerto el cuerpo de aquella pobre mujer.

47. Una mujer de nombre Bilia, viuda de Dino de Ponte d'Arbia que por doce años había sido poseída por un espíritu maligno, al contacto con el sagrado cuerpo, fue plenamente liberada.

48. Un niño de dos años y un mes, Francisco hijo del señor Naddo ciudadano de Siena, padecía de una grave fiebre: durante ocho días no había tomado leche de la nodriza o ningún otro líquido y estaba cerca de la muerte. En la desesperación general fue encomendado al beato Francisco; apenas hecha la petición, después de poco tiempo regresó a la salud como si nunca hubiera tenido una grave enfermedad.

49. Un hombre Guido di Nerio de Belforte, diócesis de Siena, había sido afectado por un gran temblor de todos sus miembros de la cabeza y de las manos y por cuatro años había sufrido aquella enfermedad a la que llamaban parálisis. Si llevaba en la mano un recipiente lleno de agua de inmediato la derramaba. También su cabeza se movía con tal frecuencia que no podía estar parado ni siquiera un momento. Fue al sepulcro del sagrado cuerpo y habiendo transcurrido ahí tres días y tres noches, fue perfectamente liberado que se pensaba que jamás hubiera sufrido de ninguna enfermedad.

50. Un tal llamado Minuzio, del hospital,<sup>66</sup> había concebido un hijo con su mujer. Ésta, que se había acercado a los días del parto con preocupación, comenzó a sentirse oprimida por los trabajos del parto. Llegados después los dolores del parto dio a luz un aborto la figura de un infante sin los órganos vitales y ni siquiera el respiro tenía en vida a aquel pequeño cuerpo: no lloraba, no respiraba, no tenía sentidos, parecía absolutamente privado de la vida. El padre de este feto, lleno de tristeza se dirigió al beato Francisco con plena fe y total devoción para que obtuviera por sus méritos de parte de Dios que aquel cuerpecillo se llenara de el respiro del espíritu vital y del alma racional. La gracia divina no tardó en llegar en ayuda ante su devoción; y he aquí que después de tres horas, comenzó a respirar y vino a la luz como si apenas hubiera salido del útero materno, cumplió todas las funciones de aquel primer momento de vida; algunos días después regenerado por el sacramento del bautismo, fue llamado Juan, aquel en quien por los méritos del beato Francisco, se manifestó la gracia divina. Dios glorioso en sus santos es el que ha realizado grandes milagros renovando los milagros como desde los inicios.

51. Contaré también un célebre milagro conocido por todo el pueblo. Un tal llamado Vinuto, tenía un hijo en edad infantil. En una ocasión yendo con otros niños, llegó por casualidad a una fuente; por un empujón que le dieron los compañeros, cayó en la fuente y llegó hasta el fondo ahogándose. Lo sacaron sin respiración: no daba ningún signo vital. El padre que corrió al lugar de los hechos lo llevó a su casa encomendándolo con devoción y lágrimas al beato Francisco. Le fue restituida inmediatamente la vida y se puso a caminar por si solo como si se hubiera despertado de un sueño y no hubiera sufrido nada.

---

<sup>66</sup> Es el famoso hospital de Siena de Santa María de la Scala, donde prestaron su servicio personalidades eminentes de la época. En particular se recuerda al beato Santiago de la ciudad de Pieve, conocido como Limosnero (1270 aprox. – 1304), terciario de los Siervos y también de la Orden Franciscana



52. Además un tal Nicolás de Giunta tuvo de su mujer, la señora Bruna, un hijo a quien en la fuente bautismal se le dio el nombre de Guntino. Cuando tenía tres años fue aquejado por una violenta epilepsia que lo atormentaba hasta con fuertísimos ataques de fiebre. En pocos días llegó casi hasta el final de su vida por la fuerte fiebre y enfermedad. Por dos días permaneció sin dar ningún signo de vida. Sus padres que se encontraban en la más grande desolación y llorando por el niño casi muerto con una profunda fe en los méritos en la gracia del beato Francisco lo encomendaron en forma devota a la gracia del beato Francisco. Y el niño, como si no hubiera tenido ningún mal se levantó como de un sueño y le fue de inmediato restituida la salud como antes. Los papás lo vistieron con el hábito de la Orden y lo llevaron por la ciudad con un sirio en la mano a la tumba del beato Francisco y proclamando públicamente que había sido curado por mérito del beato Francisco, lo ofrecieron con profunda reverencia al altar del beato Francisco.

53. La mujer de Pedro conocido como Mino había concebido un hijo. En el momento del parto cuando tenía los dolores, las obstetras que la asistían, una llamada Turma y la otra Nuzia, sacaron del útero de la madre un niño muerto: después de informarlo cuánto dolor tuvieron el padre y la madre que con lágrimas copiosas lo encomendaron al beato Francisco. Inmediatamente le fue restituida la vida; y ellos lo llevaron al sepulcro y lo presentaron con devoción al altar del beato Francisco.

54. Un tal Muzio de Buonconvento, diócesis de Siena, tenía un hijo de aproximadamente dos años, el cual sufría de fuertes fiebres que suceden en esa edad y por catorce días fue continuamente aquejado y no pudo tomar leche o algún otro alimento, de esta manera poco a poco se le extinguía cualquier fuerza vital. El día catorce en la primera vigilia de la noche, el niño murió y sus padres los lloraban. La mañana después el niño fue encomendado por sus padres al beato Francisco e inmediatamente fue liberado de los vínculos de la muerte como se mata un ligero dolor; y ellos besaron vivo y sano a aquel a quien habían considerado ya muerto. Por lo que lo llevaron sano al sepulcro del beato Francisco y lo mostraron a todos los frailes. También yo lo vi y lo tome en brazos, atraído por la devoción que el milagro me inspiraba.

55. Con el objetivo de exaltar su santidad he anotado entre tantas, estas pocas cosas. Si tu, lector, quieres saber más y conocer otros hechos importantes ve a buscar en el libro de sus milagros<sup>67</sup>, donde están los milagros de toda especie: no ha existido un tipo o género de enfermedad a la cual el Altísimo por los méritos del santo confesor de Cristo, Francisco, no haya dado el bien de la salud.

56. Hasta aquí se ha escrito esta *leyenda* y se ha mostrado la vida del beato padre Francisco presentando los grandes milagros, el reverendo fray Cristóforo de Parma, digno vicario del señor general de nuestra Excelentísima Orden<sup>68</sup>. Ya que los hombres por naturaleza desean saber muchas cosas, en seguida después del encargo que se me confió de leer y de hacer una investigación sobre el libro de los milagros, quiero que esta *leyenda* lleve añadido un milagro que he encontrado, de manera que dé testimonio a la palabra de la verdad, manifestada luminosamente por el beato Francisco, es decir, que cada palabra sea confirmada por la boca de dos o tres. Lo que quiero agregar a la *leyenda* sucedió en el año del Señor 1329 en el mes de agosto, y lo he encontrado validado por manos de un notario, como me ha parecido. Es así como se encuentra escrito en el libro de los milagros:

---

<sup>67</sup> Este *libro de los milagros*, autenticado por notario como más adelante lo dirá fray Benito de Geri, existía todavía en el tiempo de Poccianti y de Giani.

<sup>68</sup> Cfr. *Introducción*.

57. Un niño de cuatro años, llamado Benito hijo de Geri Lanarvoli<sup>69</sup>, de la parroquia de San Martín, que no había caminado jamás desde su nacimiento hasta el momento en el que fue llevado al sepulcro del beato Francisco, cuando fue llevado a este lugar, de inmediato recibió la curación. Testigos: el padre Geri, la madre, señora Mea, la hermana Minucia, y muchos otros que sería aburrido enlistar. Esto es lo que está escrito ahí.

58. Ciertamente, a mí, elegido entre los pecadores e injustos que, como sabemos, Dios no escucha, la virtud no permite que yo, el susodicho fray Benito, inútil siervo e ingrato, a quien le han sido concedidos, tantos y tales favores, pueda decir por escrito lo que gritaré a voz alta en relación al ilustrísimo y célebre nuestro padre Francisco; y también la ignorancia me impide que pueda dar dignos elogios a él y alzar alabanzas especiales y exaltarlo incesantemente por sus virtudes. Yo no doy un testimonio solo porque lo he encontrado en los escritos del beato Francisco, sino porque he escuchado hablar yo mismo miles de veces de parte de mi padre, de mi madre, de mi hermana y de muchísimos otros. Siendo niño, como despertándome de un breve sueño, no podía recordarme que me habían puesto sobre el altar; lo he escuchado decir. Por eso me parece claro que esta enfermedad me haya sucedido a gloria del santo, y ya que saliendo del seno de mi madre y siendo llevado a la fuente bautismal y puesto ante el párroco aquel día sin ninguna exclamación, él, al verme, maravillado dijo así a los que habían venido conmigo: “¿No saben que quien tiene (sin bautizar) a una criatura por tantos días, está excomulgado?”. Le respondieron: “Nació ayer”. Y siempre, hasta que mi padre y mi madre tuvieron vida, me mandaban cada año con un sirio a la fiesta del beato y muchas veces vinieron ellos conmigo. Y para alabanza del beato quiero decir lo que se me decía. Cuando llegué a tener juicio, deseaba para mi salvación formar parte de la Orden de los Menores, los que me conocían me decían abiertamente: “No debe suceder que tu pertenezcas absolutamente a la Orden de los Menores: tu, en quien el beato Francisco de la Orden de los Siervos ha mostrado en tal forma sus virtudes”. Por lo que yo, a pesar de no entender la disposición de Dios, y aún no queriendo desconocer al beato o despreciar a su Orden, pero siguiendo la devoción de mi ánimo de niño, hasta llegar al momento de mi ingreso a una Orden, pedí entrar por un mes en la Orden de los Menores. Mis padres me habían dejado solo hacía ya dos años. Inspirado, sin embargo, por los méritos del beato a través de un discurso hecho por un hombre, entré en esta Orden, a pesar de ser un Siervo malo e infiel, en el año del Señor 1341, en la vigilia de san Andrés Apóstol de nuestro Señor Jesucristo, a quien se le debe honor y alabanza por siempre con el Padre y con el Espíritu Santo por los siglos y los siglos. Amén.

### **Algunos milagros del beato Francisco que no se registran en la *Leyenda***

Para que no se pierda la memoria de tan grandes milagros y de sus virtudes, es decir, del ilustrísimo hombre beato Francisco, quiero presentar lo más breve posible, entre los muchos milagros, algunos que he encontrado validados por un notario.

1. Una señora Guillerma, viuda de Andrés de la calle de Siena llamada Vallepiatta, sufría con un brazo porque no lo podía extender ya que estaba paralizado. Tocando la mano del beato Francisco, sanó al instante ante la presencia de todo el pueblo.

2. Un señor Juan de Gualtiero Malevolti sufría de un mal en la cabeza, tan fuerte que casi perdía la vista. Por el dolor no podía dormir. Se encomendó al beato Francisco con una oración devota y de inmediato fue liberado.

---

<sup>69</sup> *Ibid.*

3. Juan de Mino de Leonina, paralizado de las piernas por tres meses, fue llevado al sepulcro del beato Francisco y recibió la curación ante todo el pueblo.

4. Bartolomé de Simón había perdido un brazo ya que no lograba extenderlo en ninguna forma; hizo un voto al beato y al instante se curó.

5. El mismo día en el cual el reverendo padre regresó a Cristo, una mujer, Gerrona, mujer de Manfredi, que sufría de un enorme absceso en la pierna derecha, cuando el médico había perdido toda esperanza de curación fue persuadida a encomendarse devotamente al santo. Iluminada, fue por una voz enviada a hacerlo. Se despertó, sentía la voz pero no veía a ninguno y no sabía de quien fuera la voz. Por lo que hizo con gran fe un voto; levantándose la mañana siguiente, se encontró curada por los méritos del santo, de su enfermedad que por todos era conocida.

6. Una mujer de nombre Balduccia de Incontro de San Quirico, del condado de Siena, sufría desde hacía cuatro meses de una enfermedad en el ojo derecho con la que no podía ver ni siquiera sus pies. Se encomendó al santo y de inmediato fue curada. Y así, salió de su casa descalza y se dirigió a visitar su sepulcro.

7. Un mercader de Pieve de Marmorai, que no veía con un ojo hizo devotamente una promesa y de inmediato recuperó la vista.

8. Una mujer Mina, esposa de un tal Dato de Fileta, enferma de los ojos no lograba ver la luz. Escuchando hablar de las virtudes de tan grande santo, se dirigió con veneración de aquel lugar a su sepulcro; y de inmediato, después de obtener la curación ante mucha gente, regresó a su casa viendo.

9. Un cierto Casino de Casini, de Monte de Santa María, condado de Siena, se había lastimado al coger algo pesado y de esta manera los intestinos se le habían bajado hasta la vejiga hacía unos cuatro meses. Escuchando de los milagros del beato Francisco, fue a visitarlo con veneración a su tumba y, haciendo una oración, se dio cuenta de su curación.

10. Angel de Nutino de Naddo tenía tal dolor en el pecho que temía por su vida. Fue encomendado devotamente por la nodriza y al instante se curó.

11. Un cierto Pedro de Saltuccio, que desde hacía un año sufría una fiebre muy alta, encomendándose devotamente al beato Francisco, visitó su sepulcro todavía con la fiebre, y de inmediato a la vista de muchos fue liberado.

12. La señora Angela mujer del señor Gontiero, tuvo a su hija con altas fiebres por cinco semanas. Escuchando sobre la vida y los milagros del beato Francisco, se la ofreció con voto de devoción; por su fe se le concedió la liberación por los méritos del beato Francisco.

13. rso de Naddo de Marlia de Lucca, paralizado de la parte derecha del cuerpo, escuchó hablar de la vida y virtudes del beato. De los baños vino con gran fe y permaneció con devoción ante su cuerpo. Y él, que desde hacía muchos meses había sufrido y no había sido curado ni por los baños ni por las curaciones médicas, fue liberado inmediatamente ante mucha gente.

14. También Mante, sirvienta del señor Angel Grifoli, impedida de un lado, hizo un voto y fue de inmediato curada.

15. Pancolino de Montaperti, enfermo de epilepsia hizo voto y por los méritos del beato Francisco fue liberado.

16. Un tal de Montepulciando, que no escuchaba desde hacía un año, se encomendó al beato y fue curado.

17. Nueve días después de su muerte, un tal mientras estaba comiendo en la noche lechuga y queso, sintió de improviso dolores fortísimos, que todos pensaban...<sup>70</sup>.

18. Un niño hijo de un cierto Crasso Barlettaio, de la parroquia de San Jorge, había muerto por un pedazo de carne que se estaba secando y le cayó en la cabeza. Por los méritos del beato y la oración que le dirigieron su madre y otros familiares, fue resucitado. Este hecho lo tomé del registro de un religioso nuestro, que tenía ya el testimonio validado con la firma de un notario.

---

<sup>70</sup> Aquí se interrumpe el códice, copiado por Palombella. El siguiente milagro está escrito con letras más pequeñas, en la parte inferior de la segunda columna de la última hoja.